



Revisitando el “Debate Lippmann-Dewey” Acercas del valor de la opinión pública en la práctica científica

Livio Mattarollo

FaHCE- UNLP

“[...] necesitamos una filosofía que no se limite a
hacer comentarios desde fuera,
sino que participe en el proceso mismo de la ciencia.”
Paul Karl Feyerabend,
“De cómo la filosofía echa a perder el pensamiento y el
cine lo estimula”
en *¿Por qué no Platón?*

1- Introducción

La publicación de *The public and its problems* en 1927 puede leerse como una doble respuesta. En términos generales, John Dewey responde a la primera crisis de la sociedad capitalista norteamericana y a los riesgos que conllevan la expansión de un desarrollo científico y tecnológico que no contemple las condiciones para la transformación de una Gran Sociedad en una Gran Comunidad. Ahora bien, esta obra también se concibe como respuesta a los planteos de *Public Opinion*, libro publicado por Walter Lippmann cinco años antes, respecto de la posibilidad de una democracia popular y de una opinión pública informada, competente y activa. Las referencias explícitas e implícitas a la obra de Lippmann junto con la reseña de *Public Opinion* que publica Dewey en *The New Republic* hacia 1922 son algunas de las fuentes del denominado “Debate Lippmann-Dewey”¹. En el presente texto se buscará reconstruir los argumentos centrales de cada obra y de aquellos puntos en que ambos autores disienten, particularmente en lo que respecta a la relación entre conocimiento y comunicación.

De manera más específica, concentraremos la atención sobre la interpretación de cada autor acerca del rol del experto en ciencia y su relación con la opinión pública, interpretación que en ambos casos conduce hacia sendos planteos políticos. La propuesta de Lippmann pasa por organizar un cuerpo de expertos que tenga como función primordial representar de modo inteligible la complejidad del ambiente real para que los funcionarios políticos y el público en general puedan tomar decisiones de manera racional, informada y despojada de estereotipos. Hemos de notar que detrás de esta idea surgen una serie de presupuestos ontológicos y gnoseológicos, que presentaremos en el próximo párrafo. Por el contrario, Dewey considera que es muy difícil evitar la asociación entre investigación del experto e interés privado, sea científico o económico, de modo que no

¹ Las fuentes del debate incluyen también *The Phantom Public*, libro que Lippmann publica en 1925 y la reseña de Dewey, publicada el mismo año en *The New Republic*, bajo el título de “Practical Democracy.”

hay tal lazo entre interés público y el cuerpo de expertos, a menos que se reformen las condiciones de comunicación de la empresa científica y, en definitiva, de las condiciones sociales de la Gran Sociedad. Así, sus argumentos conducen hacia una de las fórmulas generales que articulan la obra: *el conocimiento es comunicación*.

2- Walter Lippmann: de las Pictures in our Heads al Intelligence Work

El primer capítulo de *Public Opinion* lleva por título “El mundo de afuera y las imágenes en nuestras cabezas”, anticipando de manera clara y sintética cuáles serán los planteos subsiguientes. Lippmann comienza su argumentación desde dos supuestos: por un lado un supuesto ontológico respecto de un “ambiente real” con características estructurales propias; por otro lado un supuesto gnoseológico acerca de un sujeto cuyas capacidades no le permiten conocer el mentado ambiente real en toda su dimensión, complejidad, variedad, combinaciones y mutaciones. Visto que ese sujeto con capacidades cognitivas limitadas tiene que actuar en el ambiente y que muchos elementos de este último quedan fuera de su alcance, necesita reconstruirlo en una versión más simple como para poder tratar con él e intentar que sus acciones sean lo más adecuadas posible.

Esa reconstrucción es lo que Lippmann describe constantemente como las *imágenes en nuestras cabezas* o como *ficciones*, en tanto representaciones del ambiente hechas en mayor o menor medida por el hombre mismo. Dichas representaciones reducen la complejidad de las relaciones entre el ambiente y el sujeto, quien obtiene una mayor estabilidad y predictibilidad para sus acciones, y dan lugar a un *pseudo-ambiente*, es decir la representación general que el sujeto se hace a sí mismo del ambiente real, un híbrido entre condiciones externas y factores humanos. En consecuencia, el sujeto no tiene contacto directo con el ambiente real sino que sus sentimientos, pensamientos y actos se fundamentan en las imágenes mentales.

Hay un tercer elemento a considerar: el concepto de *estereotipo*. Lippmann sostiene que frente a la confusión del mundo exterior el sujeto de conocimiento capta un rasgo característico de la escena que remita a un tipo o generalidad ya conocidos y luego “completa” el cuadro con aquellos datos que obtiene de las formas estereotipadas por su cultura. De acuerdo con este argumento en la mayoría de los casos primero definimos qué es lo que estamos viendo y después iniciamos el proceso de percepción, de manera que “los hechos que vemos” dependen en gran medida de nuestros hábitos selectivos y creativos de observación. Este mecanismo es para el sujeto un modo de economizar esfuerzos en su incesante contacto con el medio y también una forma de minimizar el margen de error a través de ciertas uniformidades supuestas en el ambiente.

Respecto de los aspectos ontológicos y gnoseológicos que hemos mencionado recientemente, la principal conclusión es que el sujeto de conocimiento y las teorías políticas clásicas deben enfrentar el mismo problema: tratar con un ambiente al que no acceden sino indirectamente y regular las acciones individuales y colectivas que impactan sobre el ambiente real. Lippmann necesita una alternativa que pueda aportar más y mejores datos a la hora de conformar nuestra imagen del mundo y actuar en consecuencia. La octava y última Parte de *Public Opinion* constituye el aspecto propositivo y apunta a la conformación de un cuerpo de expertos capaz de representar el ambiente real en toda su complejidad y sin estereotipos, con el objetivo final de asesorar a los dirigentes políticos para que éstos tomen sus decisiones de manera racional e informada. Esta tarea de organizar una maquinaria de conocimiento es para Lippmann una propuesta con la

finalidad de mejorar la relación sujeto-ambiente y conforma según el autor una de las pocas soluciones que apuntan al núcleo del problema de la teoría política.

La primera condición que establece Lippmann para el buen funcionamiento del cuerpo de expertos es la total independencia respecto del poder ejecutivo. Otros tres requisitos centrales para el buen funcionamiento del cuerpo de expertos son: (i) independencia económica, a los fines de evitar que la investigación responda al interés del organismo que la financia, sea estatal o privado; (ii) ocupación permanente de los cargos, lo cual incluye empleo vitalicio, pensión por jubilación y licencias por estudio y entrenamiento; y (iii) libre acceso a datos, documentos y entrevistas.

La principal "característica dinámica" de la organización de expertos es el intercambio de material y la coordinación de sus investigaciones para generar un gran centro de conocimiento e información. En este sentido, los expertos funcionan como mediadores entre la política profesional y la opinión pública, favoreciendo si no un consenso racional, al menos la toma de decisiones efectivas. No obstante esta descripción del trabajo de los expertos es importante aclarar dos cuestiones centrales: (i) el intercambio de materiales, investigaciones y resultados queda restringido al ámbito de los expertos y no parecen haber instancias de intercambio con el público en general, y (ii) los resultados quedan destinados en primera instancia a los miembros del gobierno representativo, sea en política o en las industrias, y recién de manera secundaria ese trabajo apunta al público en general: nunca es el destinatario primario de las investigaciones de los expertos. En conclusión, "[...] para Lippmann 'información' y 'opinión', 'conocimiento objetivo' y 'debate' (podemos agregar 'investigación' y 'comunicación') eran cosas incompatibles" (del Castillo, 2004: 13).

3- John Dewey: Investigación, comunicación y conocimiento en la formación de la opinión pública

La primera recepción que hace Dewey sobre la cuestión de los expertos aparece en la ya citada reseña que escribe sobre *Public Opinion*. Si bien considera que la obra sabe señalar con claridad algunos de los problemas más profundos de la teoría política, no sucede lo mismo con el alcance de las soluciones que allí se proponen. Dewey critica fuertemente el tipo de destinatario que supone la actividad del cuerpo de expertos: en vez de vincularla directamente con la cúpula administrativa de las instituciones públicas, las relacionaría más estrechamente con los medios de comunicación y las noticias para difundir los eventos y vincular al público en general con el trabajo de los expertos y las decisiones que se tomen. Semejante estrategia apunta a una solución más radical que la mera instrucción de oficiales, administradores y directores públicos y pone el eje en las relaciones que pueden gestarse entre el trabajo de los expertos y el público en general. En palabras del propio Dewey, "[...] the enlightenment of public opinion seems to me to have priority over the enlightenment of officials and directors" (1922, MW, Vol. 13: 344).

De todos modos, la respuesta más fuerte de Dewey a la propuesta de Lippmann está en el último capítulo de *The public and its problems* (hemos utilizado la traducción de Ramón del Castillo, 2004). El diagnóstico de Dewey es el siguiente: por un lado existe una clase económica fuerte que se erige como dominante y por otro lado existe una clase intelectual que se arroga una supuesta inteligencia como atributo personal. Visto que las condiciones que permiten a esa clase dominante mantener su poder económico dependen en gran parte de invenciones tecnológicas y que estas últimas escapan de sus manos, el

control de esa oligarquía quedaría en el cuerpo de expertos y no en manos del público en general.

Ahora bien, esa idea del cuerpo de expertos (que Dewey entiende como una actualización de la consigna platónica del rey filósofo) resultaría impracticable porque el público, pese a todas las limitaciones intelectuales y a la incapacidad política que se le atribuyen, no aceptaría una sumisión pasiva a la intervención directa del cuerpo de expertos. De esta manera, y atentos a que para Dewey lo que sí es factible es el ocultamiento del dominio político de una clase económica poderosa, la clase intelectual tiene dos alternativas: o bien se alía con la clase dominante y se convierte en instrumentos de esta última, o bien se aproxima al público general, lo cual implica que este último participe en las decisiones que se tomen.

El factor de la especialización del trabajo del experto es para Dewey clave porque si bien garantiza una mayor pericia y precisión de cualquier investigación que se lleve adelante, al mismo tiempo agranda la brecha entre sendas investigaciones y las necesidades que debería atender (tal es la nota característica de la *ciencia pura*, ajena a los intereses colectivos). En consecuencia, alejarse de los intereses públicos y desconocer el modo de regulación política propio del gobierno popular le permite a Dewey afirmar que “La clase de expertos se encuentra tan inevitablemente alejada de los intereses comunes que se convierte en una clase con unos intereses privados y un conocimiento privado que en cuestiones sociales no es conocimiento en modo alguno” (2004: 168). Según logramos interpretar, el gobierno de expertos es una alternativa que obtura el surgimiento y crecimiento de cualquier idea proveniente de otro campo porque no permite instancias de debate, consulta y persuasión y evita que se conviertan en ideas de dominio público, a los fines de mantener el monopolio de la posesión del conocimiento y de la toma de decisiones; a la vez, limita la posibilidad de que el interés público juegue algún papel a la hora de juzgar la importancia de las investigaciones de ese cuerpo de expertos. En definitiva, si no hay posibilidad de que el público general pueda informar sobre sus necesidades y sobre los intereses comunes, el gobierno de los expertos deviene una oligarquía que protege los intereses de unos pocos y que se posiciona de tal manera que obliga al cuadro administrativo y ejecutivo a tener en cuenta su asesoramiento. Desde este punto de vista, el ideal de objetividad que dicen defender las élites intelectuales y políticas no asegura, e incluso entorpece, la formación de una opinión pública plena. Por el contrario, el propósito de Dewey es agrandar las bases y fines sociales de la investigación científica.

De acuerdo con Dewey, un requisito para que la investigación especializada se convierta en conocimiento social reside en sus condiciones de comunicación. La condición de la aplicación de una investigación se vincula con la absorción y distribución de la ciencia, la comprensión común y con una comunicación libre y sistemática que garantice la divulgación de las conclusiones científicas: “Como ‘aplicación’ significa una conexión marcada con la *experiencia* y el bienestar humanos [...] la ciencia se convierte en conocimiento en su sentido honorable y categórico *sólo* en la aplicación” (Dewey, 2004: 151. Cursivas agregadas).

De manera esquemática, si para Dewey (i) los asuntos públicos tienen que ver con las consecuencias indirectas de una transacción y (ii) las investigaciones científicas y los avances tecnológicos generan consecuencias indirectas y a largo plazo, entonces (iii) las investigaciones científicas y los avances tecnológicos son asuntos públicos. Por otro lado, si (i) el público son todos aquellos que se ven afectados por las consecuencias indirectas de

las transacciones y (ii) la forma de garantizar el conocimiento de esas consecuencias indirectas es la plena publicidad y la comunicación libre y sistemática de todos los asuntos referentes al público, entonces (iii) la comunicación no sólo es condición para el conocimiento sino también para la constitución de un público, que se organiza políticamente para regular las consecuencias indirectas de las diversas acciones.

Una de las alternativas que propone Dewey para lograr esa comunicación libre y sistemática es traducir el lenguaje técnico a un léxico que sea generalmente comprendido, a signos que denoten las consecuencias mediatas e inmediatas de la investigación. Ello se debe a que la manera de obtener o verificar un conocimiento de los fenómenos sociales depende de una divulgación y circulación de la información eficiente, hasta que el hecho de la vida en comunidad llegue a ser de dominio público. En este momento podemos decir con Dewey que “La comunicación de los resultados de la investigación social es lo mismo que la formación de la opinión pública [...] Porque la opinión pública es el juicio que se forman y mantienen quienes componen el público, y se refiere a los asuntos públicos” (Dewey, 2004: 153). A diferencia de la opinión dirigida por intereses particulares, que se caracteriza principalmente por su discontinuidad, su intermitencia y su corrección respecto de la inmediatez mas no del curso de los acontecimientos, una genuina opinión pública es aquella que surge de una investigación interconectada y reiterada, de un método efectivo y organizado, capaz de proporcionar el material necesario para una opinión duradera respecto de los asuntos e intereses públicos.

4- Conclusiones

A nuestro entender, la “teoría gnoseológica del espectador” elaborada por Lippmann se refleja directamente en sus consideraciones sobre teoría política: podemos hablar entonces de una “teoría política del espectador” que supone un concepto de *mass* muy estático y casi sin intervención en las decisiones políticas ni en lo que respecta al interés público. Desde la óptica de Dewey, uno de los motivos que dan cuenta de esta pasividad del público es la restringida circulación de la información acerca de investigaciones y avances científicos y tecnológicos; en efecto, aquella red de datos y herramientas que supuestamente aparecerían con el trabajo del *intelligence work* quedan, como hemos señalado, limitada al uso de los círculos expertos y de la estructura política ejecutiva. Este último deviene un espectador cuya incidencia en las decisiones del poder ejecutivo es mínima y su participación en instancias políticas intermedias ni siquiera parece contemplada.

En esta última apreciación radica una de las diferencias más notables entre Lippmann y Dewey pues este último, desde la defensa de una ciencia libre de intereses privados y con medios y resultados difundidos ampliamente, supone un público informado que mantiene su atención sobre la investigación social y que se constituye junto a las condiciones de comunicación en un modo dialéctico. En estos términos, es fundamental que la práctica científica se aleje de los intereses empresariales privados y se constituya como conocimiento social aplicado, bajo la supervisión de una opinión pública adecuadamente informada.

Por otro lado, a partir de una analogía que propone del Castillo entre ciencia y democracia, entendemos que es posible extender el carácter activo de la opinión pública desde su posicionamiento ante la investigación científica hacia su lugar en la esfera política. Según nuestra lectura, si una de las características de un público políticamente

activo es la total percepción de las consecuencias indirectas de sus actos y la organización para promover ciertas acciones provechosas y evitar otras perjudiciales (lo cual deriva en la creación de un interés común), Dewey piensa en la recuperación de la vida comunitaria a pequeña escala, como puede ser la comunidad vecinal, porque en un ámbito más bien pequeño es más fácil que se generen una verdadera percepción y comprensión de los demás, una experiencia genuinamente compartida. En consecuencia, al igual que la investigación aplicada y la libre comunicación, la posibilidad de establecer relaciones cara a cara es también una condición para que el público se halle a sí mismo y para que la opinión pública se vuelva auténtica. En pocas palabras, todos los integrantes de un público auténticamente organizado deben participar en un diálogo constante y la existencia de una comunidad en acción, deliberativa y consensual será la garantía última de racionalidad en las actividades sociales y políticas, y por supuesto también en las científicas.

Bibliografía

- Bernstein, Richard 2010. *Filosofía y democracia: John Dewey* (Traducción de Alicia García Ruiz). Barcelona, Herder.
- Curtis, Michael 1998. Introducción a Lippmann, Walter (1998). *Public Opinion* (primera edición: 1922). New Jersey, Transaction Publishers.
- del Castillo, Ramón 2004. “Érase una vez en América”, Estudio preliminar a John Dewey 2004. *La opinión pública y sus problemas* (Primera edición: 1927). Madrid, Ediciones Morata.
- Dewey, John 1922. *The Collected Works of John Dewey 1882-1953. The Early Works: 1892-1898* (5 volumes). *The Middle Works: 1899-1924* (15 volumes). *The Later Works: 1925-1953* (17 volumes). USA, Southern Illinois University Press.
- Dewey, John 2004. *La opinión pública y sus problemas* (Primera edición: 1927). Traducción de Ramón del Castillo. Madrid, Ediciones Morata.
- Di Gregori, María Cristina; Duran, Cecilia 2009. “El valor epistémico y político de la opinión pública. Una variación deweyana” en *La diversidad, signo del presente: ensayos sobre filosofía, crítica y cultura*. Buenos Aires: Ediciones del signo.
- Lippmann, Walter 1998. *Public Opinion* (Primera edición: 1922). New Jersey, Transaction Publishers.
- Pappas, Gregory Fernando 2008. *John Dewey's Ethics. Democracy as experience*. Bloomington, Indiana University Press.
- Schudson, Michael 2008. “The ‘Lippmann-Dewey Debate’ and the Invention of Walter Lippmann as an Anti-Democrat 1986-1996” en *International Journal of Communication* 2 (2008). USA, University of Southern California Press.